

V

ESTRABURGO Y SUS MUJERES



Estrasburgo y sus mujeres.

Ahora que la veo tan bella, tan soberanamente bella en su traje de luz estival, comprendo la pena eterna de los que, después de poseerla, la perdieron... Y aquella mujer de piedra, siempre enlutada, siempre cubierta de crespones, siempre rígida entre sus fúnebres guirnaldas, aquella célebre Estrasburgo doliente que trata de entristecer, en la plaza de la Concordia de París, el sitio más alegre del mundo, no me inspira ya irónicas sonrisas. La que sabe ser tan hermosa, merece que la lloren sin cesar.

Yo me la figuraba rodeada de murallas y coronada de bayonetas. La creía un baluarte, un arsenal, una ciudadela. De lejos, veíala vestida de hierro, cual una Walkiria viuda, prisionera orgullosa. Y cuando oía á los vencidos cantar el poema que dice la lealtad alsaciana, no podía

menos que pensar en que, más ó menos tarde, el coracero, sobre cuyo casco un águila abre sus alas de plata, lograría seducir á su cautiva, obligándola con sus caricias á olvidar á su dueño de antaño.

Pero hoy que la veo de cerca, comprendo mi error sentimental. No se trata de una amazona. Nada es en ella militar, ni rudo, ni doloroso, ni sombrío.

*
**

Desde que llegamos á las puertas de la ciudad, la vemos sonreír. Esos campos floridos, en los cuales las amapolas alegran las sementeras, son paisajes de égloga; y ya en el centro, al apearnos del tren, una plaza bulliciosa, llena de músicas y de risas, acógenos regocijadamente. Allá un jardín... Aquí un salón... Porque jardines son estas *banlieues* alsacianas, refrescadas por numerosos canales, embalsamadas por las rosas, con sus cortinas de álamos que esconden las granjas, con sus chalets cubiertos de hiedra. Y estas plazas estrasburguesas que ostentan gigantescos candelabros de bronce rematados por lujosos globos eléctricos, y fuentes de mármol con dioses desnudos entre sus surtidores, y terrazas exquisitas, y fachadas riquísimas, son salones, os lo aseguro.

*
**

Mientras más penetro en la ciudad, mejor comprendo los velos de luto. Es necesario llorarla como perdida, como perdida

irreparablemente... Nada es ya aquí francés. Todo es alemán. El nuevo dueño, generoso y rendido, ha puesto á los pies de la cautiva sus más espléndidos tesoros. Esas inmensas cervecerías, en las que los espejos y las copas brillan, son el regalo nupcial de Baviera. Hamburgo y Bremen han traído el lujo de sus tiendas de tabacos, con sus escaparates en los cuales las hebras rubias lucen cual cabelleras cortadas. Las galerías interminables de objetos heterogéneos, de artículos de todas formas y de todos colores, proceden de Colonia. Dresde ha enviado sus joyerías de arte nuevo, sus concepciones atrevidas del adorno, sus metales, y sus maderas, y sus cueros, y sus sedas. Los hierros estéticos (columnas, fuentes, verjas, ventanas) vienen de la gótica Nuremberg. Los claros esmaltes de los almacenes, son de Darmstadt. Y es de todo el imperio esta suavidad venturosa, esta mansedumbre fuerte, esta alegre calma que anima la vida de las calles sin hacerla febril; esta sana pesadez que hace sonar fuerte la risa, que llena de humo los cafés, que vacía con estrépito los *chopes* de cerveza; esta satisfecha, ingenua y gorda cordialidad, gracias á la cual nadie se enfada por nada, nadie se queja, nadie murmura, sino que todos, fraternalmente, van por el camino de la vida cotidiana cogidos de las manos cantando la canción del bienestar. ¡Ah! y también son de toda Alemania estas soberbias alamedas de castaños, estos parques simétricos, estas nobles enramadas á cuya sombra la vida cobra poesía.

¡Y también son de Alemania, de toda Alemania, los majestuosos edificios sin estilo y sin belleza, pero llenos de *confort* y de distinción, que contienen, en sus claras entrañas, las oficinas públicas, las cajas de los bancos, las *quichets* del correo, las agencias de viaje, lo más necesario, lo que en Francia y en España es sucio, incómodo, feo y que aquí es amplio y cómodo, en fin!

*
**

Y de Francia ¿no queda nada?

Sí; algo queda.

Queda el recuerdo.

Y queda algo más, que tal vez va á pareceros muy frívolo y que es muy importante. Queda, por encima de la germanización completa de la ciudad, el encanto de las mujeres.

Vedlas pasar en efecto, y comprenderéis en el acto que estas ligeras y rítmicas estrasburguesas no son hermanas de las bávaras, ni de las prusianas, ni de las austriacas. Y no es que sean más ó menos hermosas. La hermosura tiene poca importancia en este caso. Lo que distingue á la chica de Alsacia de la chica de Munich ó de Francfort, es la gracia coqueta, el andar elástico, la fantasía en el vestir y el aristocrático *sans gêne* de los ademanes. Aquí nada de sacos pesados para ocultar las formas. El talle, libre, ondula. Aquí nada de zapatos enormes. El pie, menudo y nervioso, palpita en el estuche finísimo de los botines Luis XV. Aquí, en fin, en

vez de sombreros hombrunos de paja, á la odiosa manera de Londres y de Berlín, hasta la más humilde modistilla cubre su cabeza morena con elegante y caprichoso *chapeau* á la parisiense, lleno de pájaros y flores; de locura y encanto.

¿Habéis notado que os he dicho su «cabeza morena»?

Es que en realidad, la alsaciana, por más del norte que sea, es pelinegra y ojiobscura. Antaño, cuando en vez de sombrero llevaba aquel poético toca lo que de lejos la hacía parecer una enorme mariposa de luto, sus *bandeaux* no chocaban bajo la cinta. Siempre fué morena y coqueta.

Me objetaréis que esto es poca cosa.

Está bien.

Pero decidme, entonces, con sencillez sincera ¿qué es lo más importante en una ciudad, desde el punto de vista estético? ¿Los monumentos? ¿Los jardines? ¿Las estatuas?

No.

Figuraos sólo un instante una metrópoli fantástica, en donde todas las casas sean palacios tan admirables como el Louvre, todos los templos tan soberbios como la catedral de Ulm, todos los jardines tan divinos como los del Alcázar de Sevilla. Penetrad en ella. Por todas partes, entre los monumentos y las flores, veréis hombres, nada más que hombres, hombres vestidos con obscuras y uniformes prendas. ¿Durará vuestro entusiasmo una hora entera? No lo creo. Y figuraos, en cambio, una ciudad de modestísima arquitectura y de pobre follaje, pero en la cual á cada paso apa-

rezca una belleza esbelta... ¡Cuán pronto habréis olvidado que no hay palacios, ni estatuas, ni monasterios, ni rosales! Porque el más bello de los monumentos es el cuerpo femenino, y la más bella de las estatuas la estatua viva, y la más bella de las flores, la mujer.

Así Estrasburgo con sus doscientas mil almas escasas, parece mucho más poblado que Hamburgo con su millón de habitantes; y sus cuatro ó cinco monumentos hacen palidecer todos los esplendores de Munich. Su tesoro son sus mujeres, sus airo-sas alsacianas de ojos negros, que saben formar, para sus pálidos rostros, el más encantador marco con los *bandeaux* virginales de su peinado y que dan á la ciudad perdida, á la ciudad lejana, un aspecto de barrio parisiense.

VI

BAILADORAS ORIENTALES